



La fiesta de Pentecostés, que hoy celebramos, es la Pascua llevada a su plenitud. Es el fruto maduro del árbol de la cruz. Es el aliento definitivo del Resucitado sobre el mundo. Lo que comenzó en el sepulcro vacío alcanza ahora el corazón del hombre.

Cincuenta días de gozo

La Iglesia antigua comprendió esto con gran hondura. Por eso los cincuenta días pascales eran celebrados como un único día de fiesta, un solo gran domingo prolongado en el tiempo. Pentecostés no cierra la Pascua: la revela plenamente. Porque la Pascua no consiste únicamente en que Cristo resucitara, sino en que su vida resucitada pueda penetrar en nosotros.

El Señor había vencido la muerte, pero todavía faltaba algo: que el hombre pudiera vivir desde dentro esa victoria. Faltaba el fuego. Faltaba el Espíritu. Faltaba que la Pascua dejara de ser solamente acontecimiento contemplado, y se convirtiera en vida participada.

Por eso san Juan dice que Jesús, elevado en la cruz, “entregó el Espíritu” (Jn 19,30). Y después, resucitado, sopla sobre sus discípulos diciendo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,22). Pentecostés no es algo separado del Calvario y de la Resurrección: es el desbordamiento silencioso de ambos misterios.

Los Padres de la Iglesia veían en Pentecostés el reverso luminoso de Babel. Allí, en Babel, los hombres quisieron subir al cielo por sus propias fuerzas y acabaron divididos por las lenguas. Aquí, en Jerusalén,

Dios desciende humildemente sobre los hombres, y todos comienzan a comprenderse en el amor. El Espíritu no uniforma: une. No destruye la diversidad: la transfigura en comunión.

Acostumbrándonos a vivir con Dios

San Ireneo decía que el Espíritu acostumbra al hombre a vivir con Dios, y abre caminos a Dios para habitar en el hombre. Qué expresión tan bella y tan profunda. Pentecostés es precisamente esto: Dios haciéndose íntimo. Ya no solamente sobre nosotros, sino dentro de nosotros. Ya no solo como ley escrita en piedra, sino como fuego que abrasa el corazón.

Hasta este día, los discípulos todavía viven encerrados, con miedo, como hombres que conocen la Resurrección, pero aún no han sido completamente transformados por ella. Han visto al Resucitado, sí, pero todavía no arden plenamente. El Espíritu viene a realizar esa combustión interior.



El evangelio: una vida que se acoge

Pentecostés es el perpetuo principio de juventud de la Iglesia. Y esto tiene un significado muy profundo para nuestra vida cristiana. Muchas veces creemos que el seguimiento de Jesús consiste solamente en esfuerzo moral, en voluntad, en cumplir cosas. Pero el Evangelio no es primero una carga: es una vida acogida en la Iglesia. El Espíritu no viene únicamente a ayudarnos un poco; viene a hacernos renacer. Por eso Pentecostés es también la fiesta de la

interioridad. El ruido del viento conduce finalmente al silencio del corazón. El Espíritu no habla solamente en el estruendo; habla sobre todo en lo secreto. Allí donde el hombre deja de huir de sí mismo y comienza a escuchar.

Inflamados por la ternura

Hay corazones que viven apagados, como brasas cubiertas de ceniza. Exteriormente continúan, rezan, trabajan, cumplen; pero interiormente han perdido el fuego primero. Pentecostés viene a recordar que Dios no quiere solamente servidores correctos, sino hombres y mujeres inflamados de ternura.

La Pascua alcanza su plenitud cuando Cristo no solo resucita delante de nosotros, sino dentro de nosotros. Cuando el Evangelio deja de ser palabra escuchada y se convierte en respiración del alma. Cuando la oración deja de ser obligación y comienza a ser necesidad interior. Cuando el corazón empieza lentamente a mirar todas las cosas desde Dios.

Entonces comprendemos que Pentecostés no terminó hace siglos. El Espíritu sigue descendiendo. Sigue creando. Sigue uniendo lo roto. Sigue iluminando lo oscuro. Sigue haciendo nuevas todas las cosas.

Silenciosa transformación interior

Y quizá el signo más hermoso del Espíritu no sea lo extraordinario, sino esta transformación silenciosa por la cual un corazón endurecido aprende a amar, un hombre orgulloso aprende a pedir perdón, un alma cansada vuelve a esperar, y una vida aparentemente pequeña comienza a transparentar la luz de Cristo. Allí está Pentecostés. Allí la Pascua llega verdaderamente a su plenitud en el marco de la Comunidad Cristiana.





Deus, qui sacramento festivitatis hodierna universam Ecclesiam tuam in omni gente et natione sanctificas, in totam mundi latitudinem

Spiritus Sancti dona defunde, et, quod inter ipsa evangelicae praedicationis exordia operata est divina dignatio, nunc quoque per credentium corda perfunde.

Traducción oficiosa

Oh Dios, que por el sacramento de la festividad de hoy santificas a toda tu Iglesia en todo pueblo y nación, derrama sobre toda la extensión del mundo los dones del Espíritu Santo; y aquello que tu divina benevolencia obró en los mismos comienzos de la predicación evangélica, infúndelo ahora también en los corazones de los creyentes.



La oración colecta de este día es una antigua plegaria gelasiana, que ha sido compuesta para celebrar la fiesta de este día. Un misterio que no envejece: Pentecostés es siempre un comienzo. La oración que hemos escuchado lo dice con una claridad luminosa: lo que Dios obró “en los comienzos de la predicación evangélica”, quiere derramarlo **ahora**, en los corazones de quienes creen.

Pentecostés no es un recuerdo; es una **visita**. No es un aniversario; es una **efusión**. No es un símbolo; es una **acción real de Dios**.

San Ireneo decía que el Espíritu es “la **juventud eterna de la Iglesia**”, porque allí donde Él llega, todo vuelve a empezar. Y san Basilio afirma que el Espíritu

“lo vivifica todo y lo mantiene unido”. Por eso la oración habla de “*toda la Iglesia, en todo pueblo y nación*”: donde hay diversidad, el Espíritu crea comunión; donde hay dispersión, Él reúne; donde hay cansancio, Él renueva.

“Derrama tus dones sobre toda la extensión del mundo”, suplica la Iglesia. Es una petición audaz, casi desbordante. No pedimos un poco de luz, sino la plenitud. No pedimos una chispa, sino el fuego entero. No pedimos un consuelo, sino una transformación.

Y la oración termina en lo esencial: “**Perfunde/’empapa’ los corazones de los creyentes**”. Ahí está el verdadero Pentecostés: en el corazón que se deja empapar. Un corazón que se abre, que escucha, que se deja conducir. Un corazón que no se encierra en sus miedos, sino que se expone al soplo de Dios.

El Espíritu no entra por la fuerza; entra por la **disponibilidad**. Entra donde encuentra amor y permanece donde encuentra humildad. Y san Agustín añadía: “*El Espíritu es el Amor que nos hace amar*.” Cuando Él llega, no solo comprendemos la Palabra: **la vivimos**. No solo escuchamos el Evangelio: **lo encarnamos**. No solo pertenecemos a la Iglesia: **somos Iglesia**.

Hoy, la Comunidad Cristiana entera pide un nuevo comienzo. Que el Espíritu haga en nosotros lo que hizo en los primeros discípulo: que abra puertas, que encienda corazones, que convierta el miedo en misión, que transforme la diversidad en comunión, que haga de cada uno un testigo. Pentecostés es Dios diciendo: “**Empieza de nuevo, no tengas miedo. Yo hago nuevas todas las cosas.**”



**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

CATEDRAL
DE OVIEDO



— SOLEMNIDAD DE —
PENTECOSTÉS

